

rescata los significados subjetivos del arte tachado por los radicales como burgués, demostrando que en última instancia las formas estéticas tradicionales han deplorado siempre, en cuanto interpretaciones de la realidad, de los principios y normas enajenantes de la sociedad burguesa. Para Marcuse es inconcebible, en la hora actual, un arte del pueblo: "La abolición de la forma estética, la noción de que el arte podría convertirse en parte integrante de la 'praxis' revolucionaria, sólo conduciría a la extinción del arte." Y aquí Marcuse hace esta pregunta: "¿El análisis de la realidad social revela alguna indicación en cuanto a las formas artísticas que responderían al potencial revolucionario en el mundo contemporáneo?" Marcuse ve en la música demasiado intelectualizada, constructivista (John Gage, Stockhausen, Pierre Boulez), una tendencia musical que quizá haya llegado a un punto irreversible, que le aleja de la dimensión enajenada del arte, la cual siempre hace posible una revaloración y una transformación.

*Contrarrevolución y revuelta* es un libro que en cierta medida redefine la posición de Marcuse (El "profeta de la violencia"), en relación con sus escritos precedentes. Marcuse ha llegado con sus ideas a un punto difícilmente alcanzado por otros teóricos o escritores del movimiento revolucionario. El autor de *Eros y civilización*, de *El hombre unidimensional*, ya no aventura preceptos con demasiada facilidad; se podría decir que ahora hay en él una especie de timidez o de caducidad conceptual, pero en realidad ha alcanzado un equilibrio que le aparta tanto del dogmatismo como de la teorización fácil, que a la larga puede resultar tan cierta como falsa. Son criticables en el libro objeto de esta nota, la utilización por parte del autor de expresiones como "materialismo dialéctico", de dudosa significación. Por lo demás el libro es interesante, conceptualmente sólido, y aun cuando no estemos del todo de acuerdo con Marcuse en algunas consideraciones (¿Son manifestaciones como el rock, expresión únicamente de una fuerza frustrada y frustrante?), los ensayos incluidos en este libro son sumamente representativos de algunas de las opciones revolucionarias de la época que vivimos. Así, dejemos la última palabra a Marcuse, con la expresión final de su "Conclusión": "La próxima revolución durará generaciones y 'la crisis final del capitalismo' puede tardar mucho, pero no un siglo."

Mario Enrique Figueroa

PERROUX, François, *Aliénation et société industrielle*, Paris, Collection Idées, Editions Gallimard, 1972, 183 pp.

La problemática de la falsa conciencia como conciencia del mundo, de la sociedad y del individuo, ha sido examinada a nivel social e individual, desde Friedrich Hegel. La alienación como una enfermedad de la conciencia es derivada de la ausencia de Dios, y de la participación en la naturaleza. Hegel comprendió a la conciencia alienada individual como una privación de libertad y de realización espiritual efectuada por la supresión deshumanizada del individuo por el todo social.

Y solamente el advenimiento del "saber absoluto del espíritu del mundo" podía remediar la deformación y la destrucción de la conciencia individual.

En Karl Marx el concepto de alienación domina la generalidad de su obra como una generalidad histórico-social. La historia humana es la historia de la alienación de la conciencia. Sin embargo Marx, heredero de Hegel y de Feuerbach, situó el proceso de desalienación no en el terreno de la "idea absoluta" y del sentimiento religioso, sino en el dominio de la actuación política. Marx, vuelto de la politología a la economía en busca de las causas profundas de la historia de lo humano colectivo, encontró el nivel originario y fundamental de la alienación de la conciencia en la enajenación del trabajo.

La sociedad capitalista es posible mediante la acumulación de montos crecientes de capital (de aquí el término), su reproducción, concentración y expansión incesante. Ello es posible mediante la conservación y reinversión de los productos no pagados del trabajo asalariado. La enajenación del trabajo deviene de la propiedad privada de los medios de producción, que asegura la producción social, pero también la apropiación privada del producto, y de las decisiones finales sobre la estructura y destino final del proceso productivo. La enajenación del trabajo deviene, en el capitalismo, de la situación estructural de la sociedad misma dividida en clases sociales en constante contradicción y lucha. La enajenación del trabajo deviene del no reconocimiento del trabajador individual en el proceso productivo, dividido incesantemente en especialidades inconexas para el trabajador directo y fragmentario. La enajenación del trabajo deviene de la apropiación privada del producto, que social e individualmente el trabajador asalariado no reconoce como suyo, como propio, como la obra de su participación.

Esta alienación de la conciencia, fundamentada en la enajenación del trabajo asalariado, se encuentra considerada como dada, como una situación de suyo *natural*, desprovista de toda sustancia social o histórica. El disfraz de la relación natural, "normal" del capital-trabajo y el disfraz de la relación considerada normal del salario-ganancia, y el disfraz del precio, encubren, en la consideración global de la producción capitalista, el hecho fundamental de la mercancía, la circunstancia histórico-social del trabajo enajenado.

De aquí que el individuo humano mismo se considere no como una posibilidad total de libertad, sino como un objeto más del proceso de objetos y de objetivación de lo humano colectivo e individual. El hombre mismo, al cosificarse su relación con la naturaleza y con la sociedad, se autoconsidera como un objeto, como una cosa. Su propia subjetividad está alienada, y cosificando su propia existencia cotidiana e histórica, cosifica al prójimo, cosifica a los demás.

Nadie como Marx ha explicitado tan profundamente este proceso, a todas luces evidente en la estructura de la sociedad contemporánea. Después de él, recuerdo la labor teórica de Trotsky, de Lúkacs, de Schaff, de Adorno, y más recientemente de Marcuse.

Como Marcuse, Perroux deviene su aporte de la fundamentación teórica de Marx. Marcuse estrechó la relación histórica de Marx con Freud y con la corriente radical del psicoanálisis contemporáneo, para evidenciar la "naturalidad" de

la alienación total de las actividades de lo humano colectivo e individual en la sociedad de nuestro tiempo. Perroux actualiza la labor intelectual de Marx, y la estrecha con la moderna interpretación socio-política de la sociedad contemporánea, enriquecida con las intervenciones de Sombart, Weber, Mills, Baran y los existencialistas franceses. Su labor tiende específicamente a demostrar la palpabilidad de la alienación de la conciencia en el medio industrial del trabajo asalariado y de la producción. Es como una especie de constancia irrefutable de la estratificación social y de la lucha de clases.

Conforme la argumentación se enriquece y se complica, Perroux denuncia la vigencia de la conciencia alienada en cada etapa del proceso de reproducción y de expansión del capital y de la sociedad industrial. A partir de la consideración inicial de Marx, Perroux examina y disecta el proceso productivo como un todo genérico alienado, que garantiza la supervivencia de la situación alienada constantemente. Y lo más interesante es, acaso, la constatación de la enorme cultura social y política de Perroux, en una suerte de diálogo permanente con los diferentes teóricos y científicos sociales que han examinado la especificidad de tal o cual etapa del proceso productivo como un todo. Es, digamos, una obra escrita para los co-autores de la obra genérica de la alienación de la conciencia en la sociedad industrial. Un texto intelectual para intelectuales.

Sin embargo el mismo mérito del texto de Perroux, la dilucidación crítica de la alienación de la conciencia como una consecuencia material, práctica de la enajenación del trabajo en el proceso productivo, es asimismo su falla principal. Perroux argumenta sobre una totalidad específica que es, sin embargo, fragmentaria. Esto es, el proceso de reproducción y expansión del capital no radica únicamente en el proceso productivo, sino que se extiende y multiplica en los procesos de distribución del producto social generado en el proceso productivo, y en los procesos consecuentes de intercambio y de consumo del producto social. Esto es, la generalidad de la alienación de la conciencia en la sociedad industrial no deviene únicamente del trabajo enajenado, desincorporado de su misma gestión y desarraigado de su participación social clara y concreta. La desigualdad de la distribución del ingreso y de la riqueza social es también una causa profunda de esta alienación universal. Y la alienación específica del consumo es también una causa profunda de esta alienación universal. La distribución desigual y la manipulación "de los gustos y preferencias del consumidor" (Hypnopaedia) son fundamentos materiales directos de la alienación universal y de su permanencia aparentemente infinita.

Lo que sin embargo no obsta para la importancia de este texto primordial de Perroux. El interés sustancial del autor en la problemática sugerida por el tema deviene en un interés radical por el análisis crítico de la sociedad industrial misma. Esto es, la continuidad aparente de la situación de la conciencia alienada se desmistifica cuando procuramos una interpretación radical causal, no ideológica de esta circunstancia, y cuando devenimos concluyendo la carencia de una participación crítica por la carencia misma de esta conciencia suficiente. De aquí que el problema sustancial para la erradicación de la conciencia alienada quede ubicado como el problema de la el-

boración misma del proyecto universal de la conciencia individual y social desalienada. El análisis crítico fundamenta la veracidad de la necesidad de un cambio estructural radical del sistema de supervivencia de la civilización industrial.

Los otros no son ni el infierno ni el paraíso. Los demás son los coautores de mí mismo. De aquí que el proyecto de realización de mi conciencia individual desalienada sea forzosamente un proyecto de participación social, de los demás en mí y de yo mismo en los demás. La problemática individual es una problemática colectiva. Y tiene soluciones colectivas. El dilema de la sociedad o yo mismo, de la colectividad o de mi individualidad, es un dilema falso. Un planteamiento fetichizado. En tanto que mi propia conciencia es un producto social, y la sociedad misma es el producto de mi conciencia individual, el fruto de mi inteligencia teórica y práctica.

Sin embargo el cuestionamiento de la crítica social y la erección del proyecto universal de la conciencia desalienada, es asimismo el producto de la sociedad industrial, de la sociedad estratificada y de la lucha de clases. El proyecto es universal, total, pero el agente ¿lo somos acaso todos? ¿En quién descansa la responsabilidad histórica del cambio? ¿En una clase social determinada, la clase obrera misma? ¿O en el partido universal de esta clase? Contestar este cuestionario es contestar la interrogante principal de la sustancia y finalidad histórica específica del proyecto mismo de la conciencia no alienada. Perroux lo sabe perfectamente, y de su revisión política y filosófica de la historia de lo humano colectivo en la civilización industrial, obtiene la evidencia del descrédito de todos los agentes anteriores, tanto una clase social dada, como tal o cual estrato social o tal o cual partido político e ideología. Para Perroux la creación de los hombres por los hombres, el renacimiento desalienado colectivo, no puede atribuirse de una vez por todas, a un sujeto colectivo privilegiado, sean "la gente", "la clase" o "el partido". La realización del renacimiento colectivo es la obra de alianzas y de coaliciones donde el poder universal se juzga por los hechos. No por los prejuicios ideológicos o por tal o cual "filosofía política" reificada. No hay otro sujeto histórico del cambio que el verdadero maestro de la historia que lo somos todos. Los miles de millones de existencias concretas, de cuerpos enigmáticos y de conciencias alienadas que formamos el mosaico aún a humanizar, a realizar, mediante la reconquista de un diálogo humano acaso intuido en nuestras premoniciones ocasionales, pero nunca concretado todavía como un hecho verdadero. Marchamos forzosamente de un horizonte individual a un horizonte colectivo, éste es el convencimiento radical de Perroux, y vivimos cada día como el día anhelado definitivamente, éste es su mensaje primordial. La elaboración y realización del proyecto humano se forja a cada instante. Creo que hay que dialogar con el autor para afirmarnos en este convencimiento.

*José Alberto Ocampo*